

Querido lector/a:

Esta carta está dirigida a ti. En ella te hago una promesa que estoy segura de poder satisfacer...

Cuando «En el otoño de sus vidas» apareció en la pantalla de mi ordenador caí en una asombrosa y grata extrañeza, puesto que llevaba un tiempo queriendo leer una obra escrita por Ignacio Ramón Martín Vega, un hombre que me sorprendía, y aún sorprende, con sus reflexiones en el muro de su vida *online*. Estas me auguraban una buena lectura, una contemporánea con aromas y sabores a las de antaño, surgidas del cálamo de su pluma de ganso. Y qué razón tenía.

He de confesar que en el mismo instante en que la vi destapé sus secretos y aspiré cada una de las letras de su comienzo, donde se prometía una lectura exquisita, a la vez que mundana con la que disfrutar y relajarse junto a una taza de café o lo que venga a bien a tomar el lector, y aunque su lectura te invita a no cesar de leer, la necesidad de reflexionar sobre el tema que trata incita a tomar unas pausas y llevarlo a cabo, cosa que me encanta; puesto que un libro no debe solo cautivar tu imaginación, sino invitar a preguntarte por su esencia.

¿Puede una mujer romper con todo en el otoño de su vida? El marido, los hijos, un entorno aún anclado en tiempos ya pasados... Hazlo. Sé valiente y pregúntatelo. Ponte de verdad en esa situación, consciente de la época en que vivimos donde todavía quedan ascuas de un pasado presente. ¿Podría? ¿Debería hacerlo si es infeliz? Obviamente, la respuesta será «sí», pero es una dada a la ligera; una, en que los estereotipos

han quedado fuera. Sin embargo, la realidad es otra muy diferente, porque aunque debería ser así de fácil, a la hora de la verdad la cosa cambia, porque son tantos años viviendo esa monotonía que da miedo dar el paso. Ahí entra la importancia de la valentía de aquellas mujeres, que esquivando el qué dirán se aventuran a enfrentarse a esta nueva vida ilusionadas, pero también intimidadas, porque es empezar de cero cuando están rodeadas de hojas marchitas provenientes de árboles caducos.

Soy de la opinión de que ninguna debe llegar a olvidarse de sí misma, y con frecuencia pregunto a estas mujeres: «Tienes una única vida, ¿qué vas a hacer con ella?». En el mismo instante, unas se ponen tensas alegando que criar a sus hijos, por supuesto, y otras alejan la pregunta con la palma de la mano o se encogen de hombros sin preocuparse tan siquiera en valorar la cuestión. Y sé muy bien de lo que hablo porque, como defensora de la libertad, observo nuestro comportamiento, ya sea en la puerta del colegio o haciendo la compra, y me llama la atención que aún hoy en día siga habiendo mujeres que disculpan el *modus operandi* del afluyente que las guía al río de otro, evitando que lleguen al suyo propio, o que sencillamente, están tan sumidas en sus quehaceres domésticos que se dejan llevar por su fluir sosegado.

Como escritora, y sobre todo lectora, me abruma el modo en que Martín Vega ha sido capaz de captar la esencia de Penélope (protagonista de esta historia) y, por consiguiente, de las mujeres que se encuentran sentadas en la silla plegable de la cocina, mientras sus maridos acaparan el televisor del salón, esperando a que llegue la hora de la cena, después de un día de trabajo donde la bayeta, el estropajo y la fregona son sus herramientas de faena.

Por todo esto, impera en mí la necesidad, además de justicia, de alabar la sutileza, el respeto y sensibilidad con la que trata a su protagonista, mujer que un buen día sale a la calle para encontrarse cara a cara con que la vida le muestra una nueva posibilidad, y que con tan solo un paso puede cambiarlo todo, o quedarse como está para no complicar un camino del que ha heredado canas y olvido.

Soy consciente de que este prólogo es diferente a otros; podría llamarse reseña, opinión o fascinación, pero nunca crítica; puesto que quien critique esta historia critica la verdad, una que muchas viven y que por desgracia otras vivirán. Mas, si estudias bien sus letras, podrás asimilar qué es aquello que no debes hacer y qué es aquello que puedes cambiar, y así cumplir esa promesa que al principio te hice, donde leyendo «En el otoño de sus vidas», podrás disfrutar, emocionarte, pero sobre todo aprender, además de respirar de esa paz que Ignacio Ramón Martín Vega es capaz de transmitir.

LÓPEZ DE VAL (EUGENIA TORRES)



La casa, los hijos, que aunque mayores y emancipados no dejaban nunca de dar problemas. La apatía que sentía por su esposo desde hacía demasiados años provocaba que su vida estuviera anclada en la más absurda de las rutinas emocionales. Tenía la sensación de haber perdido el tiempo, que más de media vida giraba en torno a las malditas y perniciosas obligaciones de mujer. Siempre forzada por una sociedad machista e intolerante a ser responsable y eficiente, desde la más tierna infancia; siempre sumisa, siempre buena madre y esposa.

Tenía en su mente una idea abstracta, sin contenido concreto, pero en sí mismo, era esperanzador y arriesgado. Era una convicción, algo impreciso; no sabía poner palabras o imágenes a aquel sentimiento. Era como una oración postulante, pero al menos cambiaba su estado anímico proporcionándole cierta esperanza, provocando una tibia e insustancial sonrisa. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que tenía que poner fin a su deteriorada situación. Su amiga Amelia le insistía una y otra vez en que tenía que hacer algo importante con su vida. Aún no sabía bien cómo, pero no le preocupaba en exceso, a buen seguro que solucionaría el problema; dejaría fluir el pensamiento dentro de un orden. Lo que bien sabía de sobra era que tenía la necesidad de salir a la calle, de oler, de sentir los

contrastes estivales, de reflexionar o simplemente de no pensar. Tenía la teoría de que si le agobiaba una circunstancia, no pensaría reiteradamente en ella; prefería solucionar las contrariedades sin forzar nada. Las dificultades las resolvía en un plano subconsciente, dando la serena apariencia de que se solucionaban por sí solas.

Tomó con cierta premura la novela que comenzó a leer la tarde anterior. Salió decidida a la calle; estaba dispuesta a dejar que el sol le proporcionara la correcta dosis de vitamina D que tanto bien aportaría a su organismo y a su mente, suministrando la serotonina suficiente para percibir esa sensación de anhelada paz y relax que tanto necesitaba. Al salir al exterior y recibir en su ajado rostro la aplacada brisa temprana, decidió que comería fuera de casa. Por las sensaciones térmicas que percibió, aquel día haría el suficiente calor como para tomar un tentempié en algún restaurante con terraza.

Su esposo no regresaría hasta la noche, y Penélope sabía de sobra que era una mujer prudente, de las de antaño, que jamás cometía excesos; así que se podía permitir, sin tener que sentirse culpable, un gasto extra. No pretendería otra cosa que dar un largo y plácido paseo, leer y comer, tal vez en aquel quiosco con terraza situado en el Parque del Retiro. Cuando comenzó a caminar, fue consciente de que tal vez se había arreglado en exceso. Ella solo acostumbraba a hacerlo los domingos y fiestas. Aquel día necesitaba sentirse guapa. Con el ajetreo de la vida, los días de diario se «olvidaba» de su condición de mujer atractiva, mostrando al mundo que ante todo siempre había sido una esposa recatada y una juiciosa madre. Siempre comentaba, dentro del cliché en el que se movía, que para ser una buena ama de casa, también había que adoptar cierto porte de «sencillez» que diera un tono sobrio a sus dominios.